

Entre la institución instituida y la institución instituyente: la creación histórica-social

María Eugenia Cisneros Araujo

Universidad Central de Venezuela, Instituto de Investigaciones Literarias, Venezuela 

<https://dx.doi.org/10.5209/poso.98720>

Envío: 26 octubre 2024 • Aceptación: 30 septiembre 2025

Resumen: En este ensayo se explora la relación entre la *institución instituida* y la *institución instituyente* como dos poderes que coexisten en tensión y posibilitan la creación histórica-social. Castoriadis explica que la institución histórica-social enseña al individuo desde su nacimiento las significaciones imaginarias sociales instituidas. Si es una sociedad donde la emergencia de significaciones surge a partir de la autocreación y la autoalteración, será una obra permanente de imaginario instituyente. Por el contrario, si las significaciones devienen de acciones que tienden a perpetuarse a como dé lugar, entonces lo que se produce es un imaginario instituido, cerrado, rígido, que impide la resignificación de sentido. Entre la repetición y la creación surge la grieta que facilita la expresión creativa de lo histórico-social. Esta propuesta expuesta por el filósofo greco-francés en su libro *La institución imaginaria de la sociedad* sigue vigente. En estos tiempos de resurgimientos autoritarios, abandono de los principios democráticos, una vez más se hace visible el desencuentro entre la *institución instituida* y la *institución instituyente*, la clausura y la alteridad. ¿En qué punto estamos? Entre la *institución instituida* y la *institución instituyente* urge que los individuos sociales asuman la proeza de la creación histórica-social como proyecto democrático, de autonomía y libertad.

Palabras clave: institución instituida; institución instituyente; creación histórico-social; repetición; alteridad; individuos sociales.

^{EN} Between the Institution Instituted and the Instituting Institution: the Historical-Social Creation

Abstract: In this essay the relationship between the institution instituted and the instituting institution is explored as two powers that coexist in tension and enable historical-social creation. Castoriadis explains that the historical-social institution teaches the individual from birth on the imaginary social meanings instituted. If it is a society where the emergence of meanings arises from self-creation and self-alteration, it will be a permanent work of instituting imaginary. On the contrary, if meanings become actions that tend to perpetuate themselves as they are, then what is produced is an imaginary instituted, closed, rigid, which prevents the re-signification of meaning. Between repetition and creation there is a crack that facilitates the creative expression of the historical-social. This proposal put forward by the Greek-French philosopher in his book *Social Imaginary Institution* is still valid. In these times of authoritarian resurgence, abandonment of democratic principles, once again the disconnection between the institution instituted and the instituting institution, the closure and the otherness becomes visible. Where are we? Between the institution established and the instituting institution it is urgent that social individuals assume the feat of historical-social creation as a democratic project of autonomy and freedom.

Keywords: institution instituted; instituting institution; historical-social creation; repetition; otherness; social individuals.

Sumario: 1. Introducción. 2. La institución. 3. Lo histórico-social. 4. Institución instituida e institución instituyente. 5. La institución instituida y la institución instituyente como formas de poder. 6. El poder de la creación de lo histórico-social. A manera de conclusión. 7. Bibliografía.

Como citar: Cisneros Araujo, M. E. (2026). Entre la institución instituida y la institución instituyente: la creación histórica-social. *Polít. Soc. (Madr.)* 63(2), e98720, <https://dx.doi.org/10.5209/poso.98720>

1. Introducción

Este ensayo hace un estudio hermenéutico de las categorías *institución instituida*, *institución instituyente* y creación *histórico-social* para comprender el sentido, origen y significado de estas nociones en el pensamiento filosófico-político de Cornelius Castoriadis.

Este examen permitirá escudriñar la relación entre la *institución instituida* y la *institución instituyente* con el objetivo de mostrar:

- 1) que ambas se configuran como poderes que están en tensión; y,
- 2) esa condición propicia la emergencia radical de la institución imaginaria social.

Esta indagación surge de la lectura de la obra de Cornelius Castoriadis *La institución imaginaria de la sociedad*. En el prefacio explica que el pensamiento heredado había ocultado la relación entre la *institución instituida* y la *institución instituyente* como creación de lo histórico-social y por eso le interesa volver a “la sociedad instituyente y (...) la sociedad instituida (...) lo imaginario social (...) la institución de la sociedad como su propia obra (...) lo social histórico como modo de ser desconocido por el pensamiento heredado” (Castoriadis, 2013:10); y, mostrar que: “Lo imaginario del que hablo no es imagen de. Es creación incesante y esencialmente indeterminada (histórico-social y psíquico) de figuras/formas/imágenes, a partir de las cuales solamente puede tratarse de ‘alguna cosa’. Lo que llamamos ‘realidad’ y ‘racionalidad’ son obras de ello” (Castoriadis, 2013: 12). La realidad y la racionalidad son productos de la vinculación de lo imaginario y la imaginación, una unión que se materializa en las creaciones histórico-sociales y psíquicas como institución. Las acciones, los hechos, la *praxis social efectiva* movilizan el nexo de lo imaginario y la imaginación. En las acciones creativas están presentes lo imaginario y la imaginación: “La imaginación (...) puede *hacer ser* —es decir *crear*— formas nuevas no reductibles a lo ya existente ni deducibles a partir de ello (...). Son (...) su carencia de ser y su inacabamiento las que le abren las puertas a su creación (...) la imaginación (...) la capacidad de hacer emerger lo nuevo, la que define nuestra esencia” (Ferrer, 2020:187 y 188).

Se trata de un “hacer pensante o pensamiento que se hace” (Castoriadis, 2013:13). La historia y la sociedad son producto del vínculo de lo imaginario (histórico-social) y de lo psíquico (imaginación), pertenecen al campo del hacer y por ello refiere a lo político y su imaginario.

Esta exploración pretende ser una contribución a la discusión todavía vigente a las formas actuales de cómo la *praxis social* está construyendo sus instituciones. Los seres humanos están ante la disyuntiva de edificar un proyecto democrático como *institución instituyente* que promueve la creación, alteridad, o las tendencias autoritarias que se instalan como *institución instituida* petrificada en la repetición, clausura.

A continuación el recorrido:

Siguiendo el libro de Castoriadis *La institución imaginaria de la sociedad*, se inicia con la idea de la institución como un mecanismo pragmático que está separado del dinamismo social y la importancia de la *praxis social* como creadora de las instituciones. Si las instituciones no responden a las exigencias sociales entonces están alienadas. En cambio, si atienden a sus necesidades entonces la autonomía es la guía. Con la autonomía se hace presente lo simbólico que deriva de las acciones humanas. Es con la *praxis social* que se genera lo instituido y lo instituyente como formas de la institución. Ambas en tensión como alienación-clausura y autonomía-apertura. Los anteriores enunciados se explican ampliamente en el punto 2 titulado La institución, que se integra con los siguientes subpuntos: 2.1. Alienación y autonomía; 2.2. La *praxis social* y lo simbólico; 2.3. Lo simbólico y lo imaginario; y 2.4. La alienación y lo imaginario.

Luego en el apartado 3. se estudia lo histórico-social. Allí, primero, se expone la crítica de Castoriadis al pensamiento heredado que apunta a mostrar la concepción de la historia y la sociedad desde la razón lógica-teórica-abstracta, la divinidad. Y, luego, se analiza su tesis: lo histórico-social es creación de la *praxis efectiva social*, alteración radical de lo establecido por las acciones de los seres humanos de carne y hueso. Estas ideas se explican en los subapartados 3.1. La sociedad y la historia: ontología de la creación, donde la sociedad y la historia se explican como emergencia de la alteridad radical.

Desarrolladas las nociones: institución, instituyente, instituido, creación histórico-social, se examina en la sección 4. La vinculación entre la *institución instituida* e *institución instituyente*. La relación de ambas requiere explorar detalladamente la Socialización del individuo (4.1), ese proceso violento que está en el origen: por un lado, un instituido que se impone sobre la psique para ser aceptado; por el otro, la imaginación radical como fuente de la creación humana. En la socialización del individuo comienza el nexo de la *institución instituida* y la *institución instituyente* en lo histórico-social. Esta tensión presente desde su génesis es el terreno donde pudiera aparecer la imaginación radical e imaginario histórico social (4.2.). Entre lo establecido y la posibilidad de incorporar cambios radicales en lo dado se encuentran los individuos sociales, el colectivo anónimo, los protagonistas de materializar la probabilidad de un intersticio que de apertura a la transformación. Este proceso requiere de la imaginación radical y lo imaginario, la psique y lo histórico-social, del individuo social y el colectivo anónimo. Lo que está en tensión son dos modos de creación: la clausura y la alteridad (4.3.) Aquí se caracteriza lo que se ha planteado hasta ahora: Una *institución instituida*, alienada, que tiende a la repetición, clausura y una *institución instituyente*, donde se hace visible la creación, alteridad-alteración, autonomía.

Lo instituyente implica un cuestionamiento de lo instituido. Y por esa razón en el apartado 5 se examina la *institución instituida* y la *institución instituyente* como formas de poder. La creación histórico-social es producto de la vinculación entre la *institución instituida* y la *institución instituyente* como dos poderes que están en tensión. La *institución instituida* ejerce el poder de “preformar” al individuo y lo instituyente es un “infrapoder” que se manifiesta en lo “imaginario radical”. Junto a lo instituido se halla lo instituyente porque lo imaginario radical trabaja sobre lo establecido y esto es lo que da dinamismo creativo a la dimensión

histórico-social. Finalmente, a manera de conclusión se afirma que la creación histórico-social es producto del poder de la institución instituyente como expresión de la autonomía, la libertad y la democracia al cambiar la clausura por la alteridad.

2. La institución

En el planteamiento de Castoriadis la acción humana responde a una imaginación radical que se despliega en un magma de significaciones sociales que se hacen presentes en lo imaginario mediante las instituciones. Las instituciones en lo imaginario muestran a los seres humanos de carne y hueso, el pasado, presente y el futuro de sus construcciones históricas-sociales. Y lo histórico-social refiere a la institución que se forja mediante la *praxis* social; esta institución puede estar alienada o ser autónoma; ambas tienen una expresión en lo simbólico y lo imaginario. A continuación, el desarrollo de estas ideas.

2.1. Alienación y autonomía

Al abordar la institución Castoriadis señala: “La alienación se presenta primero como alienación de la sociedad a sus instituciones, como autonomización de las instituciones con respecto a la sociedad” (Castoriadis, 2013: 183 y 184). La primera alienación se da cuando la sociedad está sometida pasivamente a sus instituciones de origen; la segunda sucede cuando las instituciones funcionan como un poder burocrático sobre la sociedad, desvinculadas de sus necesidades reales, de su propia actividad institucional de servicio. ¿Por qué el filósofo greco-francés desarrolla la idea de la institución a partir de la alienación? Para resaltar la razón instrumental, el mecanismo económico-funcional a la que están sujetas las instituciones que las desligan del movimiento efectivo social.

La cuestión es que una sociedad requiere de las instituciones para organizarse. Pero esas instituciones ¿responden a lo meramente pragmático-utilitario? o ¿a la necesidad efectiva del colectivo? ¿Se trata de una institución alienada? o ¿autónoma? Dependerá de las acciones humanas, de la *praxis* social efectiva: alienación o autonomía.

Las instituciones no se reducen a una función económico-funcional, están allí para servir y dar respuestas a las necesidades que demande la sociedad:

Una sociedad no puede existir más que si una serie de funciones se cumplen constantemente (producción, parto y educación, gestión de la colectividad, regulamiento de los litigios, etc.), pero no se reduce a esto, ni sus maneras de hacer frente a sus problemas le son dictadas de una vez por todas por su “naturaleza”; la sociedad inventa y define para sí tanto nuevos modos de responder a sus necesidades como nuevas necesidades (Castoriadis, 2013: 186).

Una institución está alienada cuando su estructura es económico-funcional, se separa de la dinámica cotidiana de los seres humanos y excluye inventar nuevos modos para resolver las necesidades sociales.

2.2. La *praxis* social y lo simbólico

Lo simbólico es una de las formas en que el hacer humano se manifiesta en lo social; representa el lenguaje, las acciones, instituciones, pensamiento. Hay una vinculación entre las instituciones y la red de símbolos producto del hacer social. Lo histórico-social está incorporado en lo simbólico como parte de la realidad humana. La actividad de los individuos y la sociedad se materializa en lo simbólico; la política, actividad fundamental de lo histórico-social se muestra como símbolo.

Los símbolos que aparecen en lo histórico-social provenientes del hacer humano tienen contenido, no son vacíos: 1) Revelan la relación entre los significantes y los significados de la *praxis* social; 2) Encarnan el sentido que la actividad humana le está dando a su existencia; y, 3) Son modos de mostrar la realidad. Lo social, en principio, toma de lo que está instituido, de lo disponible. Lo simbólico deviene de lo que ya está establecido y eso no implica que sea cerrado, limitado, rígido, estático; también revela la *praxis* inédita de lo que son capaces los individuos y la sociedad, enseña las nuevas relaciones que los individuos y la sociedad están construyendo con su propia institución, manifiesta la resignificación de sentido:

Todo simbolismo se edifica sobre las ruinas de los edificios simbólicos precedentes, y utiliza sus materiales (...). Por sus conexiones naturales e históricas virtualmente ilimitadas, el significante supera siempre la vinculación rígida a un significado preciso y puede conducir a unos vínculos totalmente inesperados. La constitución del simbolismo en la vida social e histórica real no tiene relación alguna con las definiciones “cerradas” y “transparentes” de los símbolos (Castoriadis, 2013: 194).

Pero el símbolo también es preso de la alienación y su fuerza para movilizar al colectivo es contundente. Los símbolos como expresión de las instituciones son peligrosos porque en sí mismos pueden ser utilizados como elementos de enlaces efectivos para instaurar sistemas no democráticos: totalitarismo, nazismo, fascismo, estalinismo. También pueden ser liberadores: Gandhi, Mandela, Martin Luther King, por nombrar algunos.

La tesis de fondo de Castoriadis radica en señalar que lo simbólico es parte de lo real junto con lo racional y lo funcional; no se reduce a lo racional-funcional, tampoco al lenguaje, ni a la institución instituida. Cuando lo simbólico queda atrapado en lo económico-funcional ya no expresa las necesidades de la realidad social. La esencia de lo simbólico radica justamente en la versatilidad de representar las resignificaciones que la *praxis* humana está realizando en su experiencia.

El pensador greco-francés incorpora lo simbólico al ámbito institucional. El sentido que la institución da a los individuos sociales, al colectivo y el significado que estos le asignen a la institución se expresan en lo simbólico. La institución es económica-funcional pero también simbólica:

Las instituciones cumplen ciertas funciones vitales en la sociedad sin las cuales es inconcebible su existencia, no se puede pretender reducirlas a ello, ni tampoco convertir dichas funciones en la fuente de toda explicación (...). Se da dentro de una red simbólica que vincula unos símbolos con otros y a su vez los liga con determinadas significaciones o representaciones (...). Estos símbolos no se corresponden con meras funciones, sino que en ellos se combinan, en proporción y relación variables, un componente funcional y otro imaginario. Este segundo componente es el que permite la invención de nuevos elementos simbólicos, o bien el deslizamiento o desplazamiento de sentido, según el cual los símbolos ya disponibles se invisten con significaciones que no son las canónicas (Ferrer, 2020: 189 y 190).

2.3. Lo simbólico y lo imaginario

Para que lo simbólico muestre la creación humana requiere de lo imaginario:

Las relaciones profundas y oscuras entre lo simbólico y lo imaginario aparecen enseguida si se reflexiona en este hecho: lo imaginario debe utilizar lo simbólico, no solo para “expresarse” (...) sino para “existir”, para pasar de lo virtual a cualquier otra cosa más (Castoriadis, 2013: 204).

Lo imaginario, entendido como una *praxis* social que representa un algo, necesita del símbolo para que los individuos lo puedan percibir. Las imágenes-acciones como símbolos conforman lo imaginario. Entre lo imaginario y lo simbólico existe una relación indisoluble: las imágenes tienen una función simbólica y los símbolos suponen una capacidad imaginaria. Castoriadis denomina esta vinculación: *imaginario efectivo simbólico*. Lo imaginario efectivo y lo simbólico constituye “la capacidad elemental e irreductible de evocar una imagen” (Castoriadis, 2013: 204). Lo simbólico se expresa en lo imaginario:

Lo simbólico comporta (...) un componente “racional-real”: lo que representa lo real, o lo que es indispensable para pensarlo, o para actuarlo. Pero este componente está inextricablemente tejido con el componente imaginario efectivo, y esto le plantea tanto a la teoría de la historia como a la política un problema esencial (Castoriadis, 2013: 205).

Ese problema esencial se manifiesta cuando:

- 1) Lo imaginario efectivo separado de la *praxis* social se asume como la verdadera realidad; y,
- 2) La institución imaginaria histórica-social está fundamentada exclusivamente en lo imaginario efectivo al margen de lo racional-real. Un ejemplo de esta situación es el fundamentalismo musulmán. Es atinente mencionar lo que ocurrió en Francia el 7 de enero de 2015, cuando la sede del Charlie Hebdo fue atacada por terroristas musulmanes por publicar caricaturas sobre Mahoma, entre disparos y gritos “Alá, es grande”, los fanáticos mataron a 12 personas. Entre ellos, Charb, el periodista, dibujante y director de Charlie Hebdo. Lo imaginario efectivo se hizo visible y este ámbito constituye la savia para la implementación de los totalitarismos.

En el origen de la institución imaginaria histórica-social debe estar presente los siguientes componentes: el funcional-racional-real y lo imaginario efectivo-simbólico, para evitar la alienación. Se trata de instituir otro tipo de relación con las instituciones, lo que requiere tener presente la dupla funcional-racional-real y lo imaginario efectivo simbólico.

Lo que destaca Castoriadis es que lo simbólico también expresa la realidad efectiva social en la que se está moviendo el colectivo y los individuos sociales.

2.4. La alienación y lo imaginario

Castoriadis explica: “La institución es una red simbólica, socialmente sancionada, en las que se combinan, en proporción y relación variables, un componente funcional y un componente imaginario” (Castoriadis, 2013: 211). Una institución que incorpore en su configuración la vinculación entre lo funcional y lo imaginario es una institución que está al servicio de la sociedad, coadyuva a la autonomía y a la creación. Se trata de una *praxis* que busca instaurar otro tipo de relación con su propia institución de origen. Por el contrario, si lo simbólico solo expresa lo imaginario efectivo y excluye lo funcional, se trata de una sociedad alienada por su institución. La institución se alejó de las necesidades reales de la sociedad y la sociedad permitió que ese otro imaginario hablara por esta:

La alienación es la autonomización y el predominio del momento imaginario en la institución, que implica la autonomización y el predominio de la institución relativamente a la sociedad. Esta autonomización de la institución se expresa y se encarna en la materialidad de la vida social, pero siempre supone también que la sociedad vive sus relaciones con sus instituciones a la manera de lo imaginario, dicho de otra forma, no reconoce en el imaginario de las instituciones su propio producto (Castoriadis, 2013: 211 y 212).

El problema surge cuando el poder se organiza y estructura mediante una institución alienada y busca perpetuarse en la clausura excluyendo la posibilidad de cambios, de innovación. Ante una institución de esta naturaleza ¿Cómo la institución puede superar la alienación? ¿Cómo se vuelve autónoma? Para Castoriadis, existen: lo imaginario funcional-racional-real y lo imaginario efectivo que está separado de lo real.

La cuestión radica en la posibilidad que una sociedad cuya institución de origen derive de un imaginario efectivo sea capaz de emprender nuevas relaciones con esa institución de origen. Tenga la tenacidad de incorporar en esta lo funcional-racional-real. Incluya la autonomía y se oponga a la alienación. Instaure una nueva relación con la institución para erradicar la alienación: “Lo esencial de la creación (...) es (...) constitución de lo nuevo (...) la emergencia de nuevas instituciones y de nuevas maneras de vivir (...) es una constitución activa...” (Castoriadis, 2013:215), que la realiza la *praxis* humana haciendo y haciéndose.

Cada sociedad tiene su tiempo histórico para dar respuestas y soluciones a sus propios problemas y superarlos para constituir nuevas relaciones en su conformación institucional. Es imposible establecer de antemano cuándo una sociedad podría cambiar del totalitarismo a la democracia o a la inversa. Hacia dónde se dirige la humanidad: ¿profundización de los totalitarismos, dictaduras, autoritarismos o hacia la democracia, libertad y autonomía? Mientras esta interrogante late, la humanidad continúa viviendo en lo imaginario efectivo, lo irracional y lo absurdo: guardando la distancia, es, al menos, un anacronismo la veneración, adoración a la nobleza (reina, reyes) de algunas democracias europeas.

En los precedentes puntos se puede detectar que una institución alienada se manifiesta cuando se cierra en lo económico-funcional separándose de las necesidades reales sociales o cuando queda atrapada bajo el dominio de lo simbólico-imaginario sin el contenido que aporta la realidad efectiva social. Salir de esta situación implica que la institución debe ser producto de lo económico-funcional-razón instrumental pero también de lo simbólico-imaginario promoviendo el vínculo de la *praxis* social del colectivo quien crea un tipo específico de institución: alienación o autonomía:

La institución tiene una dimensión funcional de carácter racional, pero no se reduce a estas características que son innegables, no son suficientes, para dar cuenta de su estructura, su forma de organización y sus prácticas. A la par de su carácter funcional, las instituciones tienen una condición imaginaria que es creativa, pueden producir nuevas significaciones que transforman lo *instituido* en *instituyente* que son nuevas formas de ser de la institución (Anzaldúa-Arce, 2023:115)

3. Lo histórico-social

Castoriadis se da cuenta de que el pensamiento heredado concibe a la sociedad:

- 1)Privilegiando el objeto en demerito de los procesos representativos;
- 2)Determinando a la norma como un fundamento externo a lo social; y,
- 3) Estableciendo una historia que responde a una instancia que está al margen de lo social.

Según el pensamiento heredado el objeto de lo histórico-social responde a cuestiones que son trascendentes, externas (Dios, razón, biología, categorías lógicas-abstractas):

La reflexión heredada sobre la sociedad y la historia, aquello a pesar de lo cual dicha reflexión llega a descubrir allí lo que descubre, es, por ejemplo, el lugar de la sociedad y de la historia en la economía divina de la creación, o en la vida infinita de la razón; o bien la posibilidad que les cabe de favorecer u obstaculizar la realización del hombre en tanto sujeto ético; o bien su carácter de avatar último de la existencia natural; o bien la relación de la materia social y su corrupción o inestabilidad histórica (Castoriadis, 2013: 270).

El problema de fondo radica en que la sociedad y la historia deben responder a un objeto que le es ajeno y no a la *praxis* social que se está desarrollando dentro de esta. Cuando esto sucede la imaginación y lo imaginario no se toman en cuenta en las reflexiones de la sociedad y su historia: “No ha habido casi preocupación por saber qué quiere decir hacer, cuál es el ser del hacer y qué es lo que el hacer hace ser, debido a la obsesión exclusiva por las cuestiones relativas a qué es hacer bien y qué hacer mal” (Castoriadis, 2013: 271). El filósofo greco-francés se ocupa de realizar una elucidación del *hacer como hacer ser*.

El pensamiento heredado asume a la sociedad y la historia desde la lógica-ontológica, la sociedad y la historia responden a un solo significado: la determinación. Así, ambos acontecimientos quedan reducidos a cosa, sujeto, idea, concepto, razón, Dios y a ser explicados mediante operaciones lógicas. En este contexto, lo histórico y lo social se conciben como un suceso correctamente ordenado.

El esfuerzo de Castoriadis se dirige a mostrar que la historia y la sociedad no están subordinadas a la lógica, al determinismo, tampoco responden a objetos que le son ajenos a su propia naturaleza. El ser de lo histórico-social consiste en la posibilidad efectiva de “alterar radicalmente el sentido de: ser” (Castoriadis, 2013: 273).

Las respuestas tradicionales a las preguntas ¿Qué es la sociedad? ¿Por qué existen diferentes sociedades? ¿Qué es la historia? ¿Por qué los procesos históricos en cada sociedad son distintos? han sido las siguientes:

Por un lado, la de tipo fisicalista, que reduce la sociedad y la historia a la naturaleza biológica, al indicar que el fin de la organización social es satisfacer las necesidades. Esto postula una identidad entre las necesidades humanas de todas las sociedades y sus procesos históricos, lo que es imposible. Cada sociedad tiene sus necesidades específicas: “Se encubre el hecho esencial, a saber, el de que las necesidades humanas, en tanto sociales y no meramente biológicas, son inseparables de sus objetos, y que tanto las unas como los otros son instituidos cada vez por la sociedad en cuestión” (Castoriadis, 2013: 275).

Por el otro, la de tipo logicista, que utiliza una misma operación lógica para explicar las diferentes sociedades y circunstancias históricas sin tomar en cuenta que los acontecimientos y hechos sucedidos en la sociedad y en la historia son creaciones sociales específicas de cada organización institucional:

Es así como toda la cuestión relativa a la unidad y la identidad de la sociedad y de tal o cual sociedad queda reducida a la afirmación de la unidad de identidad dada de un conjunto de organismos vivos, o de un hiperorganismo que lleva consigo sus propias necesidades funcionales, o de un grupo natural-lógico de elementos, o de un sistema de determinaciones racionales (Castoriadis, 2013: 277).

Esta visión es la generalmente aceptada a pesar de sus defectos. La propuesta del mencionado pensador es que: “La cuestión de la historia es una cuestión relativa a la emergencia de la alteridad radical o de un nuevo absoluto” (Castoriadis, 2013: 277). Esto implica objetar las significaciones establecidas por el pensamiento heredado en la *institución instituida*: la determinación, la lógica-ontológica, lo absoluto, la razón, lo definido, entre otros. Castoriadis explica que la historia y la sociedad han sido mostradas por el pensamiento heredado bajo la estructura de la determinación por las categorías lógicas. Pero su naturaleza responde a la *emergencia de la alteridad radical*, a lo *nuevo absoluto*. La alteridad radical ha sido ocultada por la determinación, la razón, la religión. Se trata de lo siguiente:

La alteridad que conlleva toda creación —no teológica—, creación que *per se* no es ni buena ni mala y que es perpetuamente ocultada por lo ineluctable de las meta-normas. Lo ineluctable del supuesto origen extrasocial de las instituciones que están en el origen del sujeto y de la sociedad como sujeto. Una alteridad que atraviesa la praxis instituyente, en el contexto del proyecto de la sociedad autónoma, entendida como autoalteración explícita por parte del sujeto y de la sociedad como sujeto, frente a la tendencia a repetirse de toda institución (Miranda, 2024: 2)

Lo ineluctable, el terreno de las instituciones alienadas, invadidas por lo extrasocial y la alteridad que apunta a la autoalteración explícita para crear autonomía muestran que en la dimensión histórico social se produce el desencuentro entre la alienación-heteronomía y la alteridad-autonomía. Lo histórico-social es el contexto donde la *institución instituida* y la *institución instituyente* se encuentran y se oponen.

3.1. La sociedad y la historia: ontología de la creación

Para el pensamiento heredado la sociedad es “un conjunto de elementos distintos y definidos que se conectan entre sí mediante relaciones bien determinadas” (Castoriadis, 2013: 284). Un concepto que se arma separado del acontecer cotidiano social. Una teoría que está al margen de la *praxis* humana. Para el filósofo greco-francés, la sociedad está compuesta de individuos sociales, el individuo es un fragmento social. La sociedad consiste en relaciones sociales de los individuos entre sí y de los individuos con las cosas. El modo de ser de estos vínculos responde al modo de ser de cada sociedad específica. En lo social-histórico se encuentra la ontología de la creación. Una ontología que da cuenta de la alteridad, la acción, la imaginación, lo imaginario, el hacer.

Castoriadis afirma: “No disponemos de ningún esquema que nos permita aprehender verdaderamente las relaciones entre, por una parte, economía, derecho, política o religión, y por la otra, la sociedad; ni tampoco las relaciones de esos sectores entre sí” (Castoriadis, 2013: 288). No es posible establecer parámetros *a priori* de lo que es la sociedad y la historia. Hay que volver a unir la *praxis* con la teoría, unir la realidad efectiva que se manifiesta en el vivir cotidiano de las personas que asignan sentido a su existencia, que crean los elementos vitales que movilizan su ser con el pensamiento.

Las relaciones entre las significaciones sociales no están definidas, determinadas y fijas totalmente. Esas uniones provienen de las acciones que cada sociedad produce en su realidad efectiva social. Las significaciones imaginarias son creaciones únicas de cada sociedad: “Lo imaginario no es la imagen de algo (...), sino la creación incesante e indeterminada de figuras, formas, imágenes, que *actúan como significaciones* (...). Lo imaginario es aquello a partir de lo cual las cosas son (significan), pueden ser ‘presentadas’ (o representadas) y *cobran sentido*. Lo imaginario es *un esfuerzo de creación de sentido*” (Anzaldúa-Arce, 2023: 113). Y la forma que tome, esa sociedad para hacer visibles sus significaciones, expresará la creación que se esté gestando en esa organización institucional.

El filósofo greco-francés investiga en qué consiste la ontología de la creación que da cuenta de la alteridad de la institución social-histórica:

No hay articulación de lo social que se dé de una vez para siempre, ni en la superficie, ni en profundidad, ni realmente, ni en abstracto; el de que esta articulación, tanto en lo que concierne a las partes que pone como a las relaciones que establece entre esas partes y entre ellas y el todo, es en cada momento una creación de la sociedad en cuestión. Y esta creación es génesis ontológica, posición de un *eidos*, ya que lo que de tal manera se pone, establece e instituye cada vez, y que por cierto es vehiculado por la materialidad concreta de los actos y las cosas, supera esa materialidad concreta y todo esto particular, es *tipo* que permite una reproducción indefinida de sus instancias, las cuales únicamente son en general y son lo que son en tanto instancias de este tipo. Un instrumento (...) determinado, cuchillo (...) martillo (...) es ese tipo o *eidos* creado; también lo es una palabra (...) y también lo son el matrimonio, la compraventa, la empresa, el templo, la escuela, el libro, la herencia, la elección, el cuadro (...). La sociedad se instituye como modo y tipo de coexistencia: como modo y tipo de coexistencia en general, sin analogía ni precedente en ninguna otra región del ser, y como este modo y tipo de coexistencia particular, creación específica de la sociedad en cuestión (Castoriadis, 2013: 290).

Lo que define a lo histórico-social es lo *causal bruto* o lo *no causal*. Y lo no causal es lo que aparece “como *posición* de un nuevo tipo de comportamiento, como *institución* de una nueva regla social, como *invención*

de un nuevo objeto o de una nueva forma” (Castoriadis, 2013: 72). La sociedad es una coexistencia de elementos diversos cuya articulación deviene de la alteridad que emerge del ser de lo histórico-social:

En la ontología de la sociedad castoriadiana, sociedad e historia no pueden darse más que indisociablemente unidos ya que aquello que caracteriza más profundamente a la sociedad entendida como para sí es precisamente su propia posibilidad y obligación de crearse y autotransformarse incesantemente. Es decir, lejos de existir una sociedad caracterizada y caracterizable al margen de cualquier transformación, u orientada *a priori* hacia un fin determinado y externo a ella misma, lo que nos encontramos, como es habitual en las reflexiones del pensador grecofrancés, es una centralidad de la idea de creación que hace que lo que caracterice más profundamente a la sociedad sea su propia dinámica de (auto)modificación, o si se quiere, su historia (...) y viceversa (Almazán, 2020: 207).

La ontología de la creación propuesta por Castoriadis habla de un ser cuyo sentido es la alteridad, imaginación, la potencia de cada sociedad de ser capaz de instituir nuevas relaciones entre los individuos y entre los individuos y las cosas. Aquella sociedad que es capaz de sustituir el autoritarismo por la democracia o aquella que es capaz de cuestionar su origen religioso y cambiarlo por un fundamento racional.

El pensamiento heredado aborda la historia desde los esquemas de sucesión: causalidad, finalidad, como consecuencia lógica. Su comprensión de la historia es similar a la de la sociedad. Elementos definidos, separables, determinados que se utilizan para construir el armazón teórico lógico-conceptual que se encargará de decir qué es la historia. De esta forma lo que el ser es está determinado y definido totalmente y el tiempo se concibe de forma lineal donde los acontecimientos ocurren de forma ordenada, causa-efecto, cíclica y repetidamente; esquema en el que la alteridad y la creación quedan excluidas. Al proyecto de sucesión y el tiempo omnipresente de concebir la historia Castoriadis opone lo siguiente:

Lo máximo que puede haber en el siempre intemporal es orden de las coexistencias, pero no orden de las sucesiones; y, en el siempre omnitemporal de la determinación, el orden de las sucesiones es una variante del orden de las coexistencias, la sucesión puede deberse a un tipo particular de coexistencia” (Castoriadis, 2013: 296).

El ser de lo histórico, desde la ontología de la creación, consiste en un orden de coexistencias que deviene de su propia alteridad. Aquí el tiempo deja de ser lineal, omnitemporal y pasa a ser aquello que se manifiesta en un momento de la *praxis* humana como lo innovador. La historia es:

Emergencia de la alteridad radical, creación inmanente, novedad no trivial (...). Solo a partir de esta alteridad radical o creación podemos pensar verdaderamente la temporalidad y el tiempo, cuya efectividad excelente y eminente encontramos en la historia (...). El tiempo (...) es (...) la manifestación de que algo distinto de lo que es se da al ser, y se lo da como nuevo o como otro, y no simplemente como consecuencia o ejemplar diferente de lo mismo (Castoriadis, 2013: 297).

En la ontología de la creación que propone Castoriadis, *la institución filosófica del tiempo* se concibe como *alteración-alteridad*. Hay tiempo cuando emerge la creación radical, se manifiestan formas inéditas de expresión de la institución histórico-social: “El tiempo es autoalteración de lo que es, que solo es en la medida en que está *por ser*” (Castoriadis, 2013: 305). La posibilidad de creación de lo otro es lo que posibilita la materialización de un tiempo y un espacio específico donde esta alteridad radical pueda manifestarse como un hecho capaz de transformar lo establecido:

El tiempo como “dimensión” de lo imaginario radical (por ende, tanto como dimensión de la imaginación radical del sujeto en tanto sujeto, como de lo imaginario histórico-social) es emergencia de figuras otras, de figuras distintas (y, sobre todo, de “imágenes” para el sujeto, de *eidé* histórico-sociales, instituciones y significaciones imaginarias sociales, para la sociedad). Es alteridad, alteración de figuras (Castoriadis, 2013: 309).

El tiempo y el espacio se materializan cuando la vinculación entre la imaginación radical y lo imaginario radical irrumpen en lo establecido para producir alteridad, crear lo otro, incorporar lo inédito, lo imaginario social instituyente como histórico-social; se trata de la:

Apertura que tiene lugar en el espacio de la historia como lugar en el que la sociedad se autoinstituye (...). Hacer Sociedad (...) es el resultado de la praxis instituyente (...). Ahí en donde la institución es magma de significaciones imaginarias sociales (...), un magma perpetuamente alterado por la forma mundana del imaginario radical. Forma mundana que, en su condición de instituyente para el caso de la sociedad autónoma en proyecto, se ejerce de manera explícita (Miranda, 2024: 6).

La alteridad como creación emerge cuando incorpora en lo dado la práctica social como una autoinstitución en proyecto hacia la autonomía.

4. Institución instituida e institución instituyente

4.1. Socialización del individuo

¿Cómo surge el individuo social para Castoriadis? Los hombres existen *en y por* la sociedad. Lo que diferencia al hombre del animal es la psique; un algo indescifrable que el filósofo greco-francés denomina *núcleo asocial o mónada psíquica*. Se trata de una parte interna del ser humano conformada por representaciones,

deseos, que están fusionados y no responden a un orden lógico, ni a una estructura. Esa psique, al llegar a la *institución instituida*, pasa de lo *asocial* a lo social. Ese movimiento es violento porque a los deseos y representaciones que son ilimitados y están alojados en la psique, lo establecido, le impone un lenguaje, unas significaciones imaginarias sociales dadas, un orden, una razón. Este ser que surge producto de esa fuerza agresiva sobrevive porque ya existe una institución social que le garantiza el desarrollo de su vida:

Este ser, esta especie radicalmente inepta para la vida, sin duda habría desaparecido si no hubiese podido crear —no sabemos cómo— una forma nueva, una forma inédita en la escala de los seres, que es la sociedad: la sociedad como institución, que encarna significaciones y es capaz de adiestrar especímenes singulares de la especie *Homo sapiens* de tal manera que pueden vivir, y, bien o mal, vivir juntos” (Castoriadis, 2006a: 76).

La mónada psíquica es el origen de los fenómenos psíquicos. Es el estadio donde el sujeto se siente fuente de placer y capaz de satisfacer este placer, organiza la experiencia del placer como una totalidad donde no hay separación, ni diferencia. La psique siempre buscará retornar a este estado original: sentir placer por representación sin que esté presente el órgano es un estado cerrado que sufre una ruptura. Este quiebre produce displacer y hace que la psique busque en el afuera un sentido.

El ser humano debe salir de este estado de clausura para sobrevivir. La socialización interviene violentamente en la *mónada psíquica*, para que pueda abrirse a la realidad exterior, relacionarse con los otros y el afuera. El origen del individuo social deriva de la imposición de la *institución instituida* sobre la psique; y el individuo, a lo largo de su vida, tendrá el deseo de volver a ese estado primigenio.

Surge aquí la imaginación radical:

La capacidad de la psique de crear un flujo incesante de representaciones, deseos y afectos que se producen *ex nihilo*, pues no están en lugar de nada (no son un doble irreal de lo real), ni son delegadas de nadie (...) alude a la creación (originaria), a la raíz, a la fuente de la creación. Se trata de un flujo de *creación* y no solo de una combinación o repetición de representaciones previas (Anzaldúa-Arce, 2023: 114).

Una potencia constitutiva de lo humano que también lo diferencia del animal. Una imaginación donde fluyen ilimitadamente representaciones espontáneas, creaciones de la psique humana que no tienen relación con la realidad. El psiquismo no está determinado por la funcionalidad biológica. Su desfuncionalización le posibilita sentir placer mediante la representación; este placer priva sobre el placer del órgano.

La imaginación radical crea representaciones, afectos, deseos; esta facultad permite que el ser humano tenga acceso a lo simbólico, ver una cosa por otra. Funciona en el individuo y en lo histórico-social, está presente en el inconsciente y en lo consciente; en el inconsciente como fuente de creación, en el consciente porque lo nuevo irrumpe en la repetición. El inconsciente es un flujo de representaciones, afectos e intenciones, la imaginación radical genera representaciones, afectos y deseos que anuncian lo humano. El hombre es un ser deseante.

En el proceso de socialización la *institución instituida* proporciona sentido al individuo y al colectivo. Pero también en lo histórico-social surgen cambios, rupturas y creaciones que cuestionan a la *institución instituida*. Lo histórico-social es el terreno donde se produce el encuentro y desencuentro entre la *institución instituida* y la *institución instituyente*.

La capacidad de los individuos sociales de producir transformaciones radicales en lo instituido es posible porque la imaginación radical se expresa en lo histórico-social. El individuo al ser socializado por las significaciones imaginarias establecidas es heterónimo porque su sentido es dado por las instituciones instituidas que le son externas. Pero su subjetividad reflexiva pone en escena el proyecto de autonomía individual y colectivo:

Este individuo social es capaz de reflexionar críticamente sobre las significaciones imaginarias que él construye (representaciones, ligadas a afectos y deseos) así como sobre las que la sociedad le propone como parte de su imaginario social, entonces se convierte en *sujeto*, agente de su destino y de su actuar, sujeto que apuesta por su autonomía individual, pero que requiere impulsar la autonomía social. (Anzaldúa-Arce, 2023: 118).

Castoriadis se pregunta ¿cómo fue posible que los hombres crearan una institución social que les posibilitara desarrollar un tipo de vida específico, en el ámbito de lo común, que los cohesiona (lenguaje, religión, derecho, economía, política, matrimonio, etc.)? El paso del núcleo psíquico *asocial* a lo social implica que el individuo es social. Quiere decir que es socializado por las instituciones existentes en el lugar donde le tocó nacer.

La institución social está formada por las significaciones imaginarias sociales, creaciones de la *praxis* social efectiva. No responden a lógica, razón abstracta, objetos:

¿Por qué llamamos “imaginarias” a estas significaciones? Porque no son ni racionales (no podemos “construirlas lógicamente”) ni reales (no podemos derivarlas de las cosas); no corresponden a “ideas racionales”, y tampoco a objetos naturales. Y porque proceden de aquello que todos consideramos como habiéndoselas con la creación, a saber, la imaginación, que no es aquí la imaginación individual, claro está, sino lo que yo llamo el imaginario social. También es la razón por la cual las llamo sociales: creación del imaginario social, no son nada si no son compartidas, participadas, por ese colectivo anónimo, impersonal, que es también cada vez la sociedad (Castoriadis, 2006a: 79).

Cada institución social mediante la creación de sus propias significaciones sociales determina lo que es real o no. De allí las diferencias entre chinos, rusos, árabes, venezolanos, argentinos, chilenos, etc.:

Cada sociedad contiene un sistema de interpretación del mundo —pero sería insuficiente: cada sociedad es un sistema de interpretación del mundo—. E incluso, de manera más rigurosa, cada sociedad es constitución, de hecho creación, del mundo que vale para ella, de su propio mundo. Y su identidad no es otra cosa que este sistema de interpretación, o mejor, donación de sentido. Por esta razón, si usted ataca este sistema de interpretación, de donación de sentido, la ataca más mortalmente que si atacase su existencia física, y, por lo general, ella se defenderá de manera mucho más salvaje” (Castoriadis, 2006a: 81 y 82).

En toda institución social coexisten la razón y el mito, la dimensión conjuntista-identitaria y la dimensión imaginaria. En la conjutista-identitaria domina la razón lógica abstracta, teoría, la determinación, las definiciones. En la propiamente imaginaria reina la creación de las significaciones imaginarias. Su nexo no es susceptible de definiciones por el pensamiento lógico abstracto y se relacionan por *remisión*: “Lo histórico-social crea un nuevo tipo de orden, se trata de una creación ontológica” (Castoriadis, 2006a: 85). La creación de lo nuevo en lo histórico-social deviene de lo establecido. Lo novedoso irrumpe en la *institución instituida* para desencadenar la *institución instituyente*: “Lo antiguo entra en lo nuevo con la significación que le confiere lo nuevo —y no podría entrar ahí de otro modo—” (Castoriadis, 2006a: 87).

El asunto es que en lo establecido se les asignan definiciones universales a las significaciones imaginarias sociales clausurándolas, eliminando su natural movilidad de remisión, lo cual impide que puedan ser cuestionadas. Esta determinación es una imposición extrasocial que fundamenta a la institución, la heteronomía, una institución alienada.

La institución está entre lo instituido como heteronomía-alienación y la posibilidad de su transformación radical incorporando como instituyente la autonomía, la alteridad-alteración, nuevas formas sociales históricas:

El cuestionamiento de la institución de la sociedad, de la representación del mundo y de las significaciones imaginarias sociales que este porta, es equivalente a la creación de lo que llamamos la democracia y la filosofía. A partir de esta ruptura con la clausura absoluta que prevalecía hasta entonces, aparece una sociedad que contiene los gérmenes de la autonomía, a saber, de una autoinstitución explícita de la sociedad. Y esto va a la par de la creación de individuos capaces también de cierta autonomía, es decir, capaces a la vez de cuestionar la ley social, pero también de cuestionarse a sí mismos, de cuestionar sus propias normas. Este cuestionamiento se hace en una lucha con y contra el viejo orden, el orden heterónimo (Castoriadis, 2006a: 94).

La institución que presenta Castoriadis se manifiesta como lo *instituido* que puede clausurarse por la alienación, la heteronomía, repetición “Lo ineluctable (...) aquello que de cualquier forma va a tener lugar, algo contra lo cual no se puede luchar. Que es insuperable e inevitable. Un ejemplo dramático de lo ineluctable lo otorga el ‘recurso’ que el delirio antisemita encuentra en los supuestos factores genéticos de la ‘identidad’” (Miranda, 2024: 5); o lo *instituyente* “lo eluctable (...) aquello que puede ser combatido y eventualmente modificado” (Miranda, 2024: 5) por el colectivo anónimo que busca cambiar la repetición por la alteridad radical.

4.2. Imaginación radical e imaginario histórico social

La creación de nuevas formas históricas sociales requiere la vinculación de la imaginación radical y lo imaginario, de la psique y lo histórico-social, del individuo social y el colectivo anónimo:

Lo imaginario radical es como histórico-social y como psique/soma. Como histórico-social, es un río abierto del colectivo anónimo; como psique/soma, es el flujo representativo/afectivo/intencional. A lo que es posición, creación, dar existencia en lo histórico-social lo llamamos imaginario social en el sentido primero del término, o sociedad instituyente. A lo que es posición, creación, dar existencia en la psique/soma para la psique/soma, le llamamos imaginación radical (Castoriadis, 2013: 571).

El individuo social emprende su hacer con la imaginación radical. El colectivo anónimo se despliega en lo imaginario radical. En la expresión del *hacer haciendo* como *instituyente* se transforma la *institución instituida*. Los procesos de sentido que incorporan una relación distinta con la heteronomía promueven un espacio para la autonomía: “El objetivo de la autonomía es entonces que el discurso del propio sujeto (...), lo que define a este discurso propio es la negación del discurso del Otro (...) siendo un discurso ajeno (...) constituye el factor central que define a su autonomía” (Rosso, 2020: 148). La autonomía hace plausible lo *instituyente* como la emergencia de nuevas significaciones imaginarias sociales que cuestionan lo dado y posibilitan la apertura a la alteridad de otras formas de relación con la institución de origen:

Los objetos, los discursos, las prácticas y las instituciones son creados por las significaciones imaginarias y a partir de ellas, el sujeto se construye un mundo psíquico y sociohistórico ‘para sí’, en el cual encuentra sentido su existencia y sus acciones. Castoriadis plantea que lo imaginario se manifiesta en dos órdenes o dominios, que son inseparables, pero a su vez irreductibles el uno del otro: el dominio de la *psique* y el dominio *histórico social*. En cada uno, lo imaginario se manifiesta y opera de forma distinta, por lo que decide nombrarlos de manera particular para distinguirlos. En el dominio de la psique, las significaciones imaginarias se crean a partir de la *imaginación radical*, mientras que, en

el dominio histórico-social, los colectivos crean sus significaciones, construyen sentido y conforman instituciones a partir de lo *imaginario social* (Anzaldúa-Arce, 2023: 113 y 114).

Ante la repetición y clausura, se propone la interrogación, apertura; esto crea una tensión entre la *institución instituida* y la *institución instituyente* que produce fracturas, resquicios que posibilitan la aparición de nuevos procesos de sentido generados por cada sociedad en particular.

El problema que saca a la luz Castoriadis es el siguiente: el riesgo que la *institución instituyente* se convierta en una *institución instituida* de repetición y clausura. Por eso es que depende de la *praxis* social cuestionar lo establecido e iniciar proyectos de autonomía y libertad que se asuman como un *hacer haciendo* y no como fines últimos y definitivos.

Para el filósofo greco-francés “La sociedad, ya sea como instituyente, ya sea como instituida, es intrínsecamente historia, es decir, autoalteración” (Castoriadis, 2013: 574). Lo instituido como identidad, repetición, verdad absoluta, atemporal es una *estabilidad relativa y transitoria de las formas* que se muestran fijas, inmóviles; pero, en cualquier momento, lo imaginario histórico-social y la imaginación radical fracturan lo instituido ocasionando fisuras, grietas por donde saldrá lo instituyente, aparecerá la irrupción explícita del *colectivo anónimo* que forja la *alteridad alteración* radical de lo dado: “La autoalteración perpetua de la sociedad es su ser mismo, que se manifiesta por la posición de formas-figuras relativamente fijas y estables y por el estallido de estas formas-figuras que jamás pueden ser otra cosa que posición-creación de otras formas figuras” (Castoriadis, 2013: 574).

El ser social no es un ser que tiene un sentido definido, determinado; es creación perpetua de la *praxis* social que le da sentido al ser. Lo social-histórico pertenece al orden de la creación, al *hacer haciendo*, a la vinculación de la imaginación y lo imaginario. La alienación-heteronomía y la autonomía-creación se manifiestan como una tensión entre la repetición de lo instituido y la posibilidad de su alteración por lo instituyente; “la autonomía apunta, en tanto ‘relación social’ (...) a superar la alienación *instituida* (...) el carácter *alienante* o *heterónomo* encarnado en la organización social” (Rosso, 2020: 149).

El asunto es que:

En contraste con la *praxis* instituyente que se funda en la creación, en la autoalteración, la institución tiene su soporte, salvo en raras ocasiones como en el caso de la autogestión generalizada como institución, en la repetición (...), la repetición institucional encuentra en lo ineluctable un candado que garantiza la relación mítica respecto a la institución de origen. Es la repetición institucional el blanco de la *praxis* instituyente. Repetición institucional como permanencia (Miranda, 2024: 6).

4.3. Clausura y alteridad: dos modos de creación

Hay dos modos de creación en lo histórico-social:

- 1) La repetición, anclada en el pensamiento heredado que difunde la lógica conjuntista-identitaria y el tiempo identitario: “Hay siempre, y siempre debe haber, tiempo identitario (ensídico), cuya columna vertebral es el tiempo calendario, que establece puntos de referencias y las duraciones comunes y públicas, que puede ser medido por lo general y se caracteriza esencialmente por la repetición, la recurrencia, la equivalencia” (Castoriadis, 1997: 77); y,
- 2) La que se presenta como alteridad, que promueve la lógica de los magmas y el tiempo imaginario: “Pero el tiempo social es siempre, y también debe ser siempre (...) tiempo imaginario (...) El tiempo siempre está dotado de significación. El tiempo imaginario es el tiempo significativo y el tiempo de la significación” (Castoriadis, 1997: 77).

De estos dos modos se deriva:

- 1) Una *institución instituida* que tiende a la repetición de lo idéntico mediante la concepción del tiempo identitario (el tiempo calendario, el que puede ser medido), “la permanencia en la identidad y por lo tanto en su esencialización —la repetición institucional diríamos—” (Miranda, 2024: 7), excluye lo histórico-social como creación de nuevas formas; y,
- 2) Una *institución instituyente* que apuesta por el ser del hacer como lo que es y como un *por ser*: “El ser es creación; creación de sí mismo, y creación del tiempo como tiempo de la alteridad y el ser. Y la creación implica la destrucción; aunque solo fuera porque una forma otra altera la forma total de lo que allí está” (Castoriadis, 1997: 92); un espacio histórico-social donde es posible la alteridad de lo dado.

Somos: “Un fragmento ambulante de la institución de la sociedad, fragmentos ambulantes y complementarios unos de otros” (Castoriadis, 2011: 116) y como tales somos producto de esa *institución instituida* específica que nos socializa: “El resultado incesante de la socialización que se lleva a cabo a lo largo de toda la vida es la conformación de los *individuos sociales*, verdaderas instituciones ambulantes o ‘fragmentos’ de las instituciones que encarnan en ellos y existen a través de ellos” (Anzaldúa-Arce, 2023: 118).

Lo importante es la vinculación de la imaginación y lo imaginario para cuestionar lo establecido. Interrogar la *institución instituida* significa la posibilidad de dar apertura a la alteridad e irrumpir en la repetición para transformarla. La plausibilidad del cambio genera las condiciones para que se manifieste lo *colectivo anónimo* como lo *instituyente* para incorporar nuevos procesos de sentido en la esfera privada, en el terreno

privado-público y en el escenario público-político: “Dimensión social de la autonomía (...), la emergencia en el Ser de un nuevo sujeto colectivo anónimo, el cual es capaz de autotransformar de una manera explícita sus formas sociales” (Rosso, 2020: 150). Y afirma Castoriadis:

El cuestionamiento de la institución implica una enorme ruptura histórica (...). Esta ruptura implica que estos mismos individuos que fueron fabricados por su sociedad, que constituyen los fragmentos ambulantes de ella, pudieron transformarse esencialmente, pudieron crear para sí los recursos capaces de cuestionar las instituciones que heredaron, las instituciones de la sociedad que los habían formados a ellos mismos —hecho acompañado (...) por un cambio esencial de todo el campo social instituido—. Eso se traduce (...) en el nacimiento de un espacio político público y en la creación (...) de la interrogación sin límites” (Castoriadis, 201: 117).

La institución es la encarnación de las significaciones imaginarias sociales que cada sociedad en específico establece y la mantiene unida, las significaciones imaginarias sociales constituyen el lugar de encuentro entre la *psique* y la *institución instituida*. Esta oposición atisba la probabilidad de aparición de lo *instituyente* como un movimiento de significación y *resignificación* de las significaciones imaginarias sociales en repetición.

¿En qué momento la sociedad deja de ser lo que es para ser otra cosa? Caracterizar el proceso mediante el cual una sociedad deja de ser lo que es y pasa a ser otra cosa implica el cuestionamiento de las significaciones centrales como institución primera y su *resignificación*. Hay dos tipos de significaciones imaginarias sociales:

1) Las centrales o primeras que son creadoras y organizadoras desde la nada (*ex nihilo*) y tienen que ver con el sentido humano: Quiénes somos, de dónde venimos, quiénes son los otros; y,

2) Las segundas que se derivan de la primera: Estado, ley, familia, entre otras.

El asunto es que en la institución social-histórica hay una identidad y esta se pone en entredicho de manera radical con la *resignificación* de las significaciones imaginarias sociales instituidas por esa sociedad en particular. En lo identitario se concibe algo esencial que la *institución instituida* busca mantener y perpetuar. Cuando se dan procesos de *resignificación* de la identidad, la *institución instituida*, tiende a ocultar ese cuestionamiento para mantenerse y lo que hace es una reivindicación de lo identitario para la perpetuación de la sociedad en lo *instituido*.

La institución conlleva significaciones imaginarias sociales que articula el sentido que mantiene unida a la sociedad. La transformación de lo *instituido* exige una permanente *resignificación* de lo dado mediante procesos explícitos que muestren que se asume y se quiere que la sociedad deje de ser lo que es para ser otra cosa. “Lo imaginario social consiste en significaciones y construcciones de sentido que crean los colectivos para representarse *para sí*, lo que perciben, valoran y realizan en sus prácticas dentro del dominio *histórico-social* en el que se encuentran” (Anzaldúa-Arce, 2023: 115)

5. La institución instituida y la institución instituyente como formas de poder

Lo histórico-social es producto de la vinculación de la imaginación y de lo imaginario. Los individuos actúan, viven, disfrutan, padecen los avatares de la institución específica donde les toca el transcurrir de su existencia. La sociedad es la expresión de la institución y las significaciones imaginarias específicas que la rigen y de las prácticas cotidianas sociales. En algunas sociedades se manifiesta la autonomía, en otras, reina la heteronomía. Esto dependerá de la *praxis social* que se esté desarrollando en esa institución en específico y que hace visible la tensión entre el poder de lo instituido y de lo instituyente:

Si definimos como *poder* la capacidad de una instancia cualquiera (personal o impersonal) de llevar a alguno (o algunos-unos) a hacer (o no hacer) lo que, a *sí mismo*, no habría hecho necesariamente (o habría hecho quizá), es evidente que el mayor poder concebible es el de preformar a alguien de suerte que por sí mismo haga lo que se quería que hiciese sin necesidad de dominación (...) o de *poder explícito* para llevarlo a (...). Resulta evidente que esto crea para el sujeto sometido a esa formación, a la vez la apariencia de la “espontaneidad” más completa y en la realidad estamos ante la heteronomía más total posible (Castoriadis, 2006b: 92).

Cuando la *institución instituida* socializa a los individuos ejerce el poder de fabricarlo previamente según lo ya impuesto y determinado, ese sujeto compuesto de esa forma responde con naturalidad a las significaciones imaginarias establecidas que definen su discurso y comportamiento; tal situación configura la *heteronomía más total y posible* porque la *institución instituida* lo legitima completamente. Pero allí también está presente lo *instituyente* como la posibilidad del cambio de la heteronomía a la autonomía. El *poder instituyente* se revela en el acto reflexivo, en el despertar de una lucidez que se expresa en lo histórico-social con el fin de cuestionar lo dado e incorporar cambios en la *institución instituida*:

La institución de la sociedad ejerce un *infrapoder-radical* sobre todos los individuos que produce. Este infrapoder —manifestación y dimensión del poder instituyente del imaginario radical— no es localizable (...) Es “ejercido” por la sociedad instituida, pero detrás de esta se halla la sociedad instituyente (...). A su alrededor la sociedad instituyente, por radical que sea su creación, trabaja siempre a partir y sobre lo ya constituido, se halla siempre —salvo por un punto inaccesible en su origen— en la historia. La sociedad instituyente es, por un lado, inmensurable, pero también siempre retoma lo ya dado, siguiendo las huellas de una herencia, y tampoco entonces se sabría fijar sus límites (...). El infrapoder en cuestión, el poder instituyente, que es a la vez el del imaginario instituyente, el de la sociedad instituida

y el de toda la historia que encuentra en ello su salida provisional. Es pues, en cierto sentido, el poder del campo histórico-social mismo (Castoriadis, 2006b: 92).

Se tiene así dos manifestaciones del poder: *institución instituida* e *institución instituyente*. El poder instituido socializa al individuo y lo adapta a lo establecido. El poder instituyente fluye hacia la alteridad, resignificación del sentido social. Este es el poder fundamental de una sociedad. Estos dos poderes co-existen en tensión, ambos latentes, a la espera de su manifestación: “La sociedad instituida es siempre trabajada por la sociedad instituyente, bajo el imaginario social establecido corre siempre el imaginario radical” (Castoriadis, 2006b: 94). Ambos poderes están en una relación de encuentro y desencuentro. Lo instituido:

Es la negación y la ocultación de la dimensión instituyente de la sociedad y la imputación del origen y del fundamento de la institución y de las significaciones lo que conduce a una fuente extrasocial (extrasocial en relación con la sociedad efectiva, viviente: se puede tratar de los dioses o de Dios, pero también de los héroes fundadores o de los ancestros que se reencarnan continuamente en las nuevas venus) (...). La negación de la alteración de la sociedad o el recubrimiento de la innovación por su exilio en un pasado mítico se convierten en imposibles (Castoriadis, 2006b: 95).

El poder instituido moviliza sus dispositivos para mantenerse en la repetición. El poder instituyente busca romper la clausura de sentido instituida e incorporar resignificaciones de sentido porque: “Hay y habrá siempre una dimensión de la institución de la sociedad encargada de esta función esencial: restablecer el orden, asegurar la vida y la operación de la sociedad hacia y contra lo que en acto o en potencia la ponga en peligro” (Castoriadis, 2006b: 95). El contenido del poder son las significaciones imaginarias instituidas o instituyentes o la tensión de ambas.

La institución es creación humana. Y el individuo como humano es un fragmento social producto de la *institución instituida* desde su origen a partir de la socialización de la psique. De allí que la *institución instituida* tiende a la clausura del sentido, mantenerse en la repetición. La *institución instituyente* cuestiona lo establecido haciendo visible el poder explícito del colectivo anónimo para dar apertura a la alteridad, la resignificación de sentido del movimiento social. La cuestión es:

Lo imaginario social es un proceso incesante de tensión entre lo *instituido* y lo *instituyente*, que son las fuerzas entre mantener-conservar lo establecido, que trata de reproducirse en la repetición de las prácticas institucionales y los cambios inherentes al devenir, que marcan la ineludible diferencia en la repetición, porque nunca se puede repetir lo mismo, pues los agentes institucionales cambian y los procesos también (Anzaldúa, 2023: 117).

6. El poder de la creación de lo histórico-social. A manera de conclusión

Una institución instituyente busca “alterar el sistema de conocimiento y de organización ya existente; significa pues constituir su propio mundo según otras leyes y, por lo tanto, significa crear un nuevo *eidos* ontológico, otro sí-mismo diferente en otro mundo” (Castoriadis, 1998: 212). La transformación de la institución histórico-social implica la creación de una nueva forma que abra la clausura, cambie la heteronomía-alienación por la autonomía-creación:

¿Qué significa autonomía? *Autós* “sí mismo”; *nómos*, “ley”. Es autónomo aquel que se otorga a sí mismo sus propias leyes (no aquel que hace lo que se le ocurre, sino quien se proporciona leyes). Ahora bien, esto es tremendamente difícil. Para un individuo, proporcionarse a sí mismo su ley, en campos en los cuales esto es posible, exige poder atreverse a enfrentar la totalidad de las convenciones, las creencias, la moda, los científicos que siguen sosteniendo concepciones absurdas, los medios de comunicación masiva, el silencio público” (Castoriadis, 2011: 118).

La creación de la autonomía comienza con un movimiento permanente de reflexión, de cuestionar lo establecido:

Se puede concebir como una ruptura, como una creación ontológica, la aparición de sociedades que ponen en tela de juicio sus propias instituciones y significaciones —su organización en el sentido profundo del término—, en las que las ideas como “nuestros dioses son quizá falsos dioses”, “nuestras leyes son quizá injustas” no solo dejan de ser inconcebibles e impronunciables, sino que se convierten en fermento activo de una autoalteración de la sociedad (...). Sociedades que se cuestionan a sí mismas quiere decir concretamente individuos capaces de poner en tela de juicio las leyes existentes, y la aparición de individuos tales solo es posible si se produce al mismo tiempo un cambio en el nivel de la institución global de la sociedad (Castoriadis, 1998: 213).

La potencia creadora de lo histórico-social se manifiesta como autonomía y se hace presente cuando la reflexión, deliberación, interrogación y prácticas sociales expanden las posibilidades fundamentales humanas para fabricar otras formas sociales distintas a las establecidas:

La reflexividad es entonces, por principio, la negación de lo ineluctable y la apertura ante la alteridad y la condición trágica que esta conlleva. Incluida la alteridad que nos habita por supuesto. Entonces la reflexividad precipitada en la praxis instituyente, el hacer pensando en Castoriadis, no puede partir de otro punto que no sea aquel que reconoce en la institución, por la vía de la praxis instituyente y a

contracorriente de la repetición institucional, el resultado suspendido de la autocreación de la sociedad (Miranda, 2024: 7 y 8).

Se rompe con la dominación, el control: “No es ni concretización de un saber absoluto, ni técnica, ni voluntad ciega de no se sabe qué; pertenece a otro campo, el del hacer, y a ese modo específico del hacer que es la *praxis*” (Castoriadis, 2013: 129).

La política es una *praxis* que tiene como objetivo la organización de la sociedad destacando la autonomía como una significación imaginaria que implica la transformación de lo establecido: “La población forma sus propios órganos autónomos, cuando entra en actividad para procurarse ella misma sus normas y sus formas de organización” (Castoriadis, 1998: 214).

La sociedad se organiza desde la autogestión y autogobierno para crear instituciones autónomas: “La autoorganización y la autogestión solo tienen sentido si atacan las condiciones instituidas de la heteronomía” (Castoriadis, 2013: 215). Son formas que se dirigen a transformar lo dado con sus significaciones agotadas para introducir nuevas que regeneren el sentido de las acciones sociales.

Una sociedad que decida autogestionarse requiere de individuos sensibilizados, afectados por la organización social que viven, motivados a solucionar por ellos mismos los problemas de esta estructura, e inventar la forma de hacerlo. Buscan resolver los problemas, necesidades; no esperan a los órganos competentes para que lo solucionen. ¿Y por qué? Las instituciones no cumplen con su función y esto pone en peligro a la sociedad.

Una sociedad que se gestiona, es decir, que se dirige a sí misma (...). Una sociedad autogestionada es una sociedad en las que todas las decisiones son tomadas por la colectividad, que a su vez se ve afectada por el objeto de dichas decisiones. Es decir, un sistema en que aquellos que realizan una actividad deciden colectivamente qué han de hacer y cómo hacerlo, dentro de los límites exclusivos que supone la coexistencia con otras unidades colectivas (Castoriadis, 2005: 63).

La alteridad radical de la concepción de la sociedad y la incorporación en la experiencia cotidiana de la creación humana es la amenaza constante para los que están en el poder y centran sus esfuerzos en la continuidad del sistema instituido para mantenerse y perpetuarse en las posiciones de dominio. Es un imperativo que la lucha política continúe haciendo usos de estas nuevas armas que nos ofrece los planteamientos castoridianos, teniendo presente que:

Una *praxis* instituyente que cancela, por principio, la simple negación de lo otro como vehículo para autoconstituirse y que reconoce el carácter trágico de dicha práctica en la medida en que, al abrirse ante la alteridad y la creación, puede también devenir en la negación de la autocreación y en la repetición institucional, gracias al candado de lo ineluctable (Miranda, 2024: 8).

7. Bibliografía

- Almazán, A. (2020): *La ontología del mundo sociohistórico de Cornelius Castoriadis. El problema de la sede de las significaciones imaginarias sociales*. Disponible en: <https://revistas.ucm.es/index.php/LTDL/article/view/75182/4564456556625> [Consulta: 6 de agosto de 2025]
- Anzaldúa-Arce, E.A. (2023): *Cornelius Castoriadis: una mirada sobre lo imaginario*. Disponible en: <https://revistafiguras.acatlan.unam.mx/index.php/figuras/article/view/260/> [Consulta: 8 de agosto de 2025]
- Castoriadis, C. (1997): *Tiempo y creación*. Disponible en: <http://biblioteca.xoc.uam.mx/castoriadis/textos/ontologia/2.pdf>. [Consulta: 9 de julio 2025]
- Castoriadis, C. (1998): “La lógica de los magmas y la cuestión de la autonomía”, en C. Castoriadis, *Los dominios del hombre. Las encrucijadas del laberinto*, Barcelona, Gedisa, pp. 193-218.
- Castoriadis, C. (2005): “Autogestión y jerarquía”, en C. Castoriadis, *Escritos políticos*, Madrid, Catarata, pp. 61-72.
- Castoriadis, C. (2006a): “Las significaciones imaginarias”, en C. Castoriadis, *Una sociedad a la deriva (entrevistas y debates 1974-1997)*, Buenos Aires, Editorial Katz, pp. 75-106.
- Castoriadis, C. (2006b): “Poder, política y autonomía”, en C. Castoriadis, *El mundo fragmentado*, La Plata, Terramar Ediciones, pp. 87-114.
- Castoriadis, C. (2011): “Institución primera de la sociedad e instituciones segundas”, en C. Castoriadis, *Figuras de lo pensable*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, pp.115-126.
- Castoriadis, C. (2013): *La institución imaginaria de la sociedad*, Buenos Aires, Tusquets.
- Ferrer, L. (2020): *El pozo y su brocal. Imaginario y quiasmo en Castoriadis*. Disponible en: <https://revistas.ucm.es/index.php/LTDL/article/view/75181/pdf> [Consulta: 30 de julio de 2025]
- Miranda, R. (2024): *Lo ineluctable y la alteridad. El carácter trágico de la democracia*. Disponible en: <https://publicacionescientificas.uces.edu.ar/index.php/grado/article/view/1725> [Consulta: 12 de agosto de 2025]
- Rosso, G. (2020): *De la clave revolucionaria a la subjetividad humana. Sobre el sujeto de la autonomía en la obra de Cornelius Castoriadis*. Disponible en: <https://revistas.ucm.es/index.php/LTDL/article/view/75179/4564456556619> [Consulta: 14 de agosto de 2025]

